



Homilía en la Celebración Ecuménica en la Semana de oración por la Unidad de los cristianos

San Juan Bautista de Benalúa (Alicante), 25 de enero de 2019

Como en años precedentes desde el día 18 de Enero hasta hoy, día 25, los católicos de todo el mundo y también nuestros hermanos de las demás Iglesias y comunidades eclesiales cristianas hemos celebrado la Semana de oración por la Unidad. A lo largo de los 8 días del Octavario, las reflexiones de los distintos días han tomado en consideración varias situaciones difíciles que enfrenta hoy el mundo, haciéndolo este año bajo el lema: “Actúa siempre con toda justicia” (Dt 16,18-20).

Estas palabras están tomadas de la primera lectura que hemos escuchado y que está en el llamado código deuteronomico. Se trata de una recopilación de las leyes sobre el culto y la defensa de la fe en Dios contra la idolatría; y también las leyes sobre el buen gobierno y la defensa de la vida. Una lectura atenta del texto nos impulsa a crear unidad y a promover concordia y reconciliación. Actualmente vivimos en sociedades plurales y complejas. En ellas no siempre es fácil la convivencia. Los cristianos, aunque todavía no hayamos logrado la unidad plena, que es don de Dios y meta del ecumenismo, sí que podemos colaborar juntos en la edificación de un mundo más justo y unido. Sin duda, la búsqueda de la justicia acompaña el camino de la unidad.

Así, día tras día, año tras año, los cristianos nos hemos unido para la oración común, para profesar nuestra fe bautismal, para escuchar la voz de Dios en las Escrituras y para rezar por la unidad en el Cuerpo de Cristo – como nos recordaba en la segunda lectura el apóstol Pablo.

Al hacer esto, reconocemos que la Santísima Trinidad es la fuente de toda unidad y que Cristo es la luz del mundo que promete la luz de la vida a los

que lo siguen, tal como nos ha dicho Él mismo en el Evangelio de San Juan que hemos proclamado. Sin duda que las muchas injusticias en el mundo nos muestran la oscuridad, que con frecuencia nos entristecen e indignan, pero no perdemos la esperanza, porque el Señor es nuestra luz y nuestra salvación, la defensa de nuestra vida.

Como nos dicen en su Mensaje los Obispos de la Comisión Episcopal de Relaciones Interconfesionales con motivo de esta Semana que hoy y aquí culminamos: “Sin duda, es en la fe donde se hace posible descubrir con entera claridad que todos los esfuerzos que podamos realizar por la instauración de la justicia, y alcanzar la unidad de una humanidad reconciliada, requiere el concurso de Dios y de su gracia misericordiosa, porque la amenaza de la división es permanente, consecuencia del pecado de los hombres” (n. 3).

Nosotros, cristianos que queremos navegar hacia el puerto de la plena comunión visible, debemos pedir que lo hagamos convertidos, santos y orantes. Son tres exigencias de la espiritualidad cristiana y, por lo mismo, también, de la espiritualidad ecuménica.

La oración precedió, acompaña y deberá acompañar al Movimiento Ecuménico hacia el hogar común, porque la plena unidad es un misterio de tal envergadura que sólo de rodillas podemos los cristianos acercarnos a él. La oración por la unidad no debe ser compromiso exclusivo de los expertos en ecumenismo o de aquellos cristianos especialmente sensibilizados; es compromiso de cada cristiano y de cada comunidad.

Pero, además, no debemos silenciar que la gracia de Dios que imploramos no excluye la justicia de los hombres, al contrario la inspira y ayuda a su plena instauración. Así lo señala el Papa Francisco, al afirmar que a los cristianos “habrá que reclamarles que vuelvan a abrirse a la gracia de Dios y a beber en lo hondo de sus propias convicciones sobre el amor, la justicia y la paz” (Laudato si, n 200). Precisamente, en esta celebración concreta de hoy, además de invocar y suplicar al Espíritu Santo, ponemos de relieve la importancia de pasar de los discursos sobre la unidad, la justicia y la misericordia a la acción, para incluir en nuestro encuentro de oración un gesto alusivo al compromiso concreto de llevar a cabo actos de unidad, justicia y misericordia en nuestras vidas personales y en la vida de nuestras comunidades cristianas.

En nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante vivimos una conmemoración especial este año ante la figura de S. Vicente Ferrer, un santo dominico que en ésta ciudad, en ésta tierra, predicó y defendió la unidad de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo, y animó a crearla por la oración, la conversión y el diálogo. Pido su intercesión en la culminación de esta Semana por la Unidad, así como la ayuda de María, siempre intercesora y madre, para que tengamos siempre la mirada fija en Jesús, el Señor, que dio su vida para que hubiera “un solo rebaño, un solo pastor” y que oró al Padre para que “todos seamos uno”. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.